

de esos perros mudos, sin fuerzas para ladrar, de que habla el profeta, *canes muti non valentes latrare*. Para enseñar la doctrina cristiana, para conservar la fe de los poquísimos fieles, para atraer á algún raro pagano, es preciso servirse de catequistas sin sólida instrucción, de baja esfera social, de escasos conocimientos, y cuyos errores no se pueden ni conocer ni rectificar. Está casi siempre aislado, sin compañero, ni confesor, ni consejero de confianza; con dificultades hasta para comunicarse epistolarmente con sus lejanos superiores. Si los fieles son pocos, el terreno de su misión es vastísimo. Los viajes tienen que ser frecuentes, y la quietud de los seminarios de Europa no lo ha preparado bastante para las largas excursiones á pie, ya por ásperas montañas, ya por pantanos cenagosos. Los años no pasan en balde. El que á su arribo tenía cuarenta y tres, presto llega á cincuenta, más tarde á sesenta, tras otro decenio á setenta. Las fuerzas van faltando, las enfermedades asoman, y luego se fijan en aquel maltratado cuerpo; pero los consuelos no aumentan, ni cambia aquella escena tristísima. Decidme: ¿no es éste un martirio lento y penoso, peor que el de los garfios y el ecúleo, de las llamas y de la segur? Si hubiese volado entonces al cielo aquella alma bendita arrancada al cuerpo por natural enfermedad, ¿no habríamos podido cantar de Francisco Clet, como de San Silverio, San Ponciano ó esos otros que sufrieron el martirio sin padecer muerte violenta: *Domine prævenisti eum in benedictionibus dulcedinis: posuisti in capite eius coronam de*

*lapide pretioso?* Pero el Señor quería recompensar sus fatigas acumulando sobre su cabeza martirio sobre martirio, y corona sobre corona: *corona aurea super mitram eius*.

Era ya el año de 1818. Muerto el Emperador, se exigieron en los funerales, á los Misioneros de Pekín, que conservaban rango de mandarines, ciertas adoraciones idólatricas, de las que terminantemente había prohibido la Santa Sede; pero que en tiempos atrás se habían practicado. Rehusaron los sacerdotes, y tomándose esto por deslealtad, se encendió la chispa de la persecución que, convertida en incendio, se extendió con más ó menos fuerza á todas las provincias, y llegó á las montañas donde Francisco Clet apacentaba su escaso rebaño. El pastor y las ovejas tuvieron que andar por muchos meses errantes, como los santos del Antiguo Testamento de que nos habla el Apóstol, y como muchos del Nuevo, ocultándose, ya en la espesura de los bosques, ya en la profundidad de las cavernas, *in solitudinibus errantes, in montibus et speluncis, et cavernis terra*, sin poder reposar dos noches en el mismo lugar, ni encontrar asilo seguro. Y esto cuando el santo misionero contaba más de setenta años, y entre otras varias enfermedades, acababa de cerrársele enconada llaga en el tobillo. Al fin cayó en poder de sus perseguidores, traicionado (como leemos en la historia de casi todos los mártires de China) por el inevitable Judas, por un mal cristiano, empleado de la misión, á quien había reprendido por su inmoralidad.



Aquí empieza la acostumbrada Odisea de los Confesores de la Fe en el Extremo Oriente. Cadenas y bofetadas, comparencia de rodillas ante inicuos jueces, penosos viajes de ciudad á ciudad, cepos y calabozos sin número. No obstante, aunque nada leves los tormentos padecidos por el Beato Clet, son ligeros en comparación con los de su compañero de congregación Juan Gabriel Perboyre, é insignificantes junto á los que en el vecino Japón llegaron á extirpar el cristianismo. El mismo Bienaventurado nos ha dejado escrita una descripción de las cárceles de China, parangonándolas con las de la Francia de aquella época, en que las primeras parecen palacios y lugares de recreo al lado de las segundas. Aunque duro, pues, no fué el martirio material el que más hizo sufrir al Beato Clet, sino el martirio moral que la Providencia quiso añadir al primero, como la corona de oro que se sobrepuso en el Antiguo Testamento á la mitra de Aarón: *corona aurea super mitram eius*.

El criminal que comparece ante los Tribunales está siempre en guardia para no delatar á sus cómplices. ¿Qué le importa mentir? ¿Qué vale ante su experiencia y dureza la astucia de los jueces? No así el justo, cuando se encuentra por causa de la injusticia humana en el banco del acusado. Su sencillez es ahora igual á la que en su tiempo ponderaba San Gregorio: *deridetur iusti simplicitas*. Lo mismo que entonces, su sabiduría consiste en no fingir nada, en amar la verdad y evitar hasta la sombra de la mentira, *nil per ostensionem fingere, ve-*

*ra ut sunt diligere, falsa devitare*; en no aspirar á la venganza, por sangrientos que sean los ultrajes que se le infieran; en estimar ganancias las contumelias que su veracidad le atrajere: *nullam injuriæ ultionem quærere, pro veritate contumeliam lucrum putare*. Tales fueron los principios á que se ajustó el Beato Clet en los interrogatorios á que lo sujetaron los jueces, y no habiendo ocultado la correspondencia cambiada con su superior de Pekín, el Padre Lamiot, resultó éste comprometido, y fué también encarcelado y llevado al lugar en donde á aquel se juzgaba.

Imposible expresar las angustias que este incidente produjo en el Confesor de la Fe. Lejos de considerarse mártir de Cristo, se declaró á sí propio verdugo y acusador de sus hermanos, verdadero criminal que iba á sufrir la muerte, no como galardón de su constancia en confesar á Cristo, sino en justo castigo de los males que con sus imprudentes revelaciones causaba á la Iglesia. Acabaron, pues, aquellos consuelos que Cristo manda á los mártires. Ya no veía los cielos abiertos como Esteban, ni le parecían dulces los tormentos: todo era terror, amargura y desolación.

Fué absuelto su compañero de cárcel, y desterrado de los confines del celeste Imperio; pero no por eso volvió la paz al confesor de la Fe. Al ser aprehendido en Pekín el Padre Lamiot, quedó sola su Iglesia, y como era natural, sus compañeros de congregación, los Paulinos portugueses tomaron posesión de ella, libertándola de caer en poder de los paganos, y conservándola



la al catolicismo para entregarla más tarde á la Francia. Pero en el fogoso misionero pudo más el falso honor nacional que el amor á la religión y á su orden, y consideró una usurpación de parte de Portugal, lo que no era más que un acto de caridad. Inspiró á su compañero de prisión falsas prevenciones, lo hizo entrar en sus miras, y casi lo último que en vísperas de su martirio escribió el Beato Clet, es una carta exhortando á los Lazaristas portugueses á desistir de lo que se hacía aparecer como una expoliación, y amargó los últimos momentos del mártir. No lo affigió menos la apostasía de varios cristianos con él encarcelados; y con el corazón oprimido por tantas penas, marchó al suplicio la mañana del 18 de Febrero de 1820.

Ordinariamente se pronuncia y notifica la sentencia con grande aparato, y el sentenciado marcha á su calvario, sabiendo adonde va, y con pleno conocimiento de lo que le espera. No así en este caso. Se le dejó en la más completa incertidumbre hasta el último instante, y apenas una declaración confusa de que no volvería á la prisión, arrancada difícilmente á los satélites que lo custodiaban, le indicó que había llegado su hora postrera. Se le llevó al patíbulo al paso ordinario, y no corriendo, como era la costumbre en China. Se le ató á un poste en forma de cruz, y se le estranguló con una cuerda, que habiéndose roto al primer tirón, prolongó su martirio. Hacia el mismo tiempo, y en los años que siguieron, volaron al cielo, en diversas partes de China, otros muchos mártires de los órdenes de San

Francisco y Santo Domingo y de la Sociedad de las Misiones extranjeras de París. Todos recibieron la corona del confesor de la Fe: la tuya fué doble, oh Bienaventurado Francisco Regis Clet, pues sobre la diadema del martirio moral resplandece la corona del martirio por muerte violenta, *corona aurea super mitram eius*.

Con ese tino que distingue siempre á la Santa Sede, quien derrama sus bendiciones ó fulmina sus anatemas ni antes ni después del instante debido, se decretaron los honores celestes á esta falange de mártires, precisamente en los momentos en que otra legión de sacerdotes y seglares, europeos é indígenas, sufría el año pasado el martirio en la misma región de la China. Tronaba el cañón en Pekín, á la hora en que yo mismo celebraba en la Casa de la Misión en París, la primera misa pontifical en honor del Bienaventurado Francisco Regis Clet, cuyas glorias hoy me ha tocado cantar en breve y descosido panegírico.

¿Qué coincidencia ha sido esta, señores? ¿Cuál es la suerte que se espera al cristianismo en el Celeste Imperio? ¿Significa la nueva persecución su exterminio, como en el Japón hace trescientos años, ó es preludeo de la paz y prosperidad de la Iglesia, como lo fueron al principio las que suscitaron los Emperadores Romanos? Imposible es predecirlo; pero no puedo menos que llamar vuestra atención á otras coincidencias y circunstancias.

En la historia del martirio del Beato Clet, figura en



primer término una sociedad más ó menos secreta, llamada de los *Bomberos*. Establecida hace siglos con el objeto filantrópico que su nombre indica, degeneró presto en sociedad de foragidos, más ocupada en causar incendios que en apagarlos, y en perseguir á ricos, extranjeros y cristianos. En la persecución moderna figura otra asociación, todavía más numerosa que aquella, á cuyos miembros denominamos con el vocablo inglés *boxers*, que se llaman á sí mismos gimnastas, púgiles, ó sociedad del *Puño celeste*. Constituidos en una especie de guardia nacional, con un príncipe imperial á la cabeza, con una organización militar y religiosa á la vez, fanáticos como los mahometanos de antaño, destructores como los anabaptistas del siglo XVI, han dominado por el terror á la inmensa población china, cuyas malas pasiones contra todo lo que es extranjero y cristiano han sabido excitar. Demasiado débil el Gobierno, se ha dejado subyugar por esta banda de foragidos, y la ha dejado destruir los establecimientos de instrucción y beneficencia fundados por los europeos, quemar iglesias y asesinar á mansalva á misioneros y monjes, y á los cristianos indígenas que ellos denominan *extranjeros de segunda categoría*.

¡Desgraciado el gobierno que se deja imponer la ley por esta clase de asociaciones! Su ruina propia y la destrucción de la patria son seguras. Irritadas las naciones civilizadas del mundo, han invadido el Celeste Imperio en terrífica alianza, y no lo abandonarán sin haber tomado horribles represalias. ¿Serán los casti-

gos que se meditan favorables al cristianismo? Sea como fuere, roguemos al Bienaventurado Francisco Regis Clet, y á la multitud de mártires que con él han alcanzado el honor de los altares, que interceda ante el trono de aquel Dios por quien dió su vida, por esa China en que derramó su sangre, y por todos los países amenazados por esas funestas sociedades de fanáticos sanguinarios, cuya conversión ó exterminio esperamos no tardará en decretar la Providencia. Así sea.

